ABDICAR Á TIEMPO.

ABDICAR Á TIEMPO,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

EDUARDO NAVARRO Y GONZALVO.

Estrenada con gran aplauso en el Teatro de LARA el 29 de Marzo de 1881.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18
1881.

PERSONAJES.		ACTORES.
ADELA	Srtas.	Fernandez Lozano.
TERESA		Ferretti.
INÉS		Arnau.
DON ERNESTO GOMEZ	Sres.	Riquelme.
ERNESTO		Ruiz de Arana.
DON LUIS		Liron.
DON RAMON		Cachet.
DON BLAS		Esteso.
UN MOZO DE FONDA		Manso.
ANTONIO (Escribientes)		Barreal.
JUAN (Escribientes)		Giorfo.
MANUEL (Escribientes)		Aza.

AL APLAUDIDO PRIMER ACTOR CÓMICO

SEÑOR DON ANTONIO RIQUELME.

Cariñoso recuerdo de la buena amistad que le profesa

El Autor

ACTO PRIMERO.

Despacho elegante. Puerta al foro cerrada por una mampara oscura con un tarjeton ó plancha, donde se lea la palabra «Escritorio.» Dos puertas laterales derecha, otras dos izquierda. Profusion de legajos y papeles sobre la mesa. En primer término derecha un pequeño velador.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO.

Aparece sentado junto á la mèsa, consultando unos papeles. Despues hace de ellos un legajo.

Aquí están todas las notas
de ese maldito proceso
que hace más de quince dias
me roba apetito y sueño.
Juan. (Tocando timbre.)

JUAN. Señor... (Por el foro.)

ERN. Estos papeles.
sin pérdida de momento
casa del procurador
don Hermógenes.

JUAN. Corriendo. (Váse.)

ERN. (Consultando el reloj.)
Las doce. Desde las ocho
trabajando como un negro
sin soltar la pluma! Bien,
ya hemos ganado el almuerzo.
(Toca el timbre dos veces y se extiende cómodamente en el sillon.)
Método, circunspeccion,
seriedad! Hé aquí el secreto,
el talisman, que ha de darme
la posicion que yo anhelo!
Si yo el padre no tuviera
tan original que tengo,
quizá ya hubiese tocado
la meta de mis deseos.
Tiene una oportunidad,
sin malicia por supuesto,
para hacer fracasar siempre
mis más queridos proyectos!
Mas le amo con toda el alma...
Es en el fondo tan bueno!

ESCENA II.

DICHO y TERESA.

TERESA. El almuerzo, señorito.
ERN. Mira, sirve aquí; no espero
á nadie, y si álguien viniera
tú me avisarás con tiempo.
TERESA. Está bien.
(Váse y vuelve á entrar en seguida con el servicio que coloca en el velador.)
ERN. Hoy tengo vista
á las tres; repasaremos
estos apuntes.
(Se sienta junto al velador y hojea unos papeles mientras Teresa concluye de poner la mesa.)
TERESA. No digo?...
siempre igual. Hasta comiendo
está con los papelotes

en la mano. (Váse.)

ERN. El caso es serio, (Con los apuntes.)
si no prueba la coartada
ese infeliz que está preso,
va á presidio...

TERESA. (Saliendo con las viandas.) La tortilla...

ERN. Qué barbaridad!
(Fijándose en Teresa y doblando los papeles.)

TERESA. Qué es ello?...

ERN. No, nada. ¿Almorzó papá?

TERESA. No lo sé.

ERN. Debes saberlo
sin embargo.

TERESA. El caso es...

ERN. No lo digas. Lo sospecho.
Aún no se habrá levantado.

TERESA. Al contrario...

ERN. Cómo es eso?

TERESA. Cómo que no se ha acostado
todavía.

ERN. Ya! No ha vuelto
desde ayer tarde?...

TERESA. Eso es.

ERN. Es incorregible! Temo
que va hoy á proporcionarme
un nuevo disgusto.

TERESA. Nuevo?...
Lo que es cierto que á su edad
le da á usted bonito ejemplo!
El mundo al revés.

ERN. Teresa!..

TERESA. Con cincuenta y cuatro Eneros!

ERN. Mas no representa tantos.

TERESA. ¿Y qué tenemos con eso?
Pero los tiene; es que va
muy peinado, muy compuesto,
muy elegante, hecho un pollo,
reteñido...

ERN. No lo niego.

TERESA. Casi parece más jóven
que usted. Toma, ya lo creo.

ERN. Un abogado, Teresa,

no tiene edad!

TERESA. Sí, convengo...
mas yo si fuera que usted
hacía pronto un arreglo
en este asunto...

ERN. ¿Tú harías...

TERESA. Que mi papá fuese el viejo,
y el jóven yo.

ERN. Bah! Dejarle,
él se cansará!

TERESA. Yo creo
que si espera usted á que...

ERN. Vete, no quiero consejos.
(Se oye dentro la voz de D. Ernesto tarareando un aire popular.)

TERESA. Ya está ahí! Canturreando
como siempre.

ERN. Vete presto
y déjanos solos.

TERESA. (Dirigiéndose al foro.) Voy...
(No hay duda, sermon tenemos.)
(Al ir á salir tropieza con D. Ernesto que entra al mismo tiempo y la abraza.)

D. ERN. Buenos dias, Teresita!

TERESA. Á ver si se está usted quieto!
(Desviándose y váse.)

ESCENA III.

ERNESTO y D. ERNESTO.

D. Ernesto viste con atildada elegancia. Patilla negra y muy cuidada, pelo rizado, lentes con los que juguetea constantemente. Guante claro, junquillo, etc., etc. Debe representar un viejo verde, sin que tenga nada de ridículo. Breve pausa; al ver á Ernesto se detiene un momento contrariado. Ernesto continúa almorzando silenciosamente.

ERN. (Siempre el mismo.)

D. ERN. Buenos dias.

ERN. Felices, padre.
D. ERN. Hola, almuerzas
hoy muy tarde.
ERN. Tarde. Usted,
segun me han dicho, regresa
tambien ahora mismo.
D. ERN. Sí... (Con indiferencia.)
ERN. Desde ayer?...
D. ERN. Sí! (Ya comienza
con pullas.)
ERN. Conque la noche?...
D. ERN. Buenísima, chico!
ERN. Buena?
Pasada en alguna orgía?
D. ERN. Simplemente francachela.
¿Por quién me tomas? si quieres
voy á darte estrecha cuenta
de las personas y el sitio...
ERN. Para qué?... No me interesan
los detalles.
D. ERN. Es que quiero
que de una vez te convenzas.
ERN. Una pregunta.
D. ERN. Una sola?
Puedes hacer las que quieras.
(Levantándose.)
ERN. Va usté á seguir mucho tiempo,
papá, por la misma senda?
¿Hasta cuándo piensa usted
continuar la existencia
anómala, insostenible
del pollo y del calavera?
Hasta cuándo esos amores
y esos ramos de violetas?...
(D. Ernesto arranca distraidamente el que lleva en el ojal.)
Cuándo van á terminar
las conquistas callejeras,
y cuándo deja usté en paz
los rizos de esa cabeza?
D. ERN. Muchacho, tú me apabullas,
cállate ya, no me pierdas.

ERN. Cuándo deja sin teñir
la nieve...
D. ERN. (Alarmado.) Si alguien te oyera...
ERN. Es que...
D. ERN. Basta de preguntas,
y déjame en paz y almuerza.
Un abrazo y tu silencio
es cuanto exijo!...
ERN. De veras...
D. ERN. Abraza á tu anciano padre! (Abrazándole.)
ERN. Anciano! Así le quisiera.
D. ERN. Déjame gozar tranquilo
lo poco que ya me resta
de mi vida, el veranillo
de San Martin, ¡quién pudiera
alargarle todavía
quince ó veinte años.
ERN. Qué ideas!...
D. ERN. Lo que en el capillo tomas
en la mortaja lo dejas,
y ya es duro Pedro...
ENN. Basta,
puedes hacer lo que quieras.
lo que gustes...
D. ERN. Bien, muy bien!...
(Ya conjuré la tormenta!)
ERN. Siempre acabas por tener
razon.
D. ERN. Será que la tenga.
ERN. Lo dudo.
D. ERN. Y haces muy mal.
ERN. Tú bebes...
D. ERN. Un poco...
ERN. Y juegas.
D. ERN. Otro poco.
ERN. Horrible vicio
el juego.
D. ERN. ¡Bah! Tú exageras.
Se ha jugado en todos tiempos,
la historia nos lo revela.
Mira los griegos...
ERN. Los griegos...

D. Ern. Naturalmente.
Ern. (Con intencion.) Y... las griegas?
D. Ern. La mujer. Astro radiante
que inunda de luz la tierra,
ser de nuestro ser...
Ern. (Riendo.) Remontas
el vuelo?
D. Ern. Nuestra chuleta (Muy natural.)
si quieres! Pobres mujeres!...
Ern. Papá!
D. Ern. No me hables mal de ellas!
Ern. No, mas vienen á buscarte
algunas veces...
D. Ern. Son feas?...
Ern. Y por equivocacion,
suelen llamar á la puerta
de mi despacho...
D. Ern. Aturdidas!
Yo evitaré que suceda
otra vez; pondré un letrero,
así, una especie de muestra,
«*Gomez padre.*»
Ern. Es imposible
contigo...
D. Ern. ¿Más...
Ern. Te chanceas
con todo! Mi profesion
es grave, seria...
D. Ern. Muy seria,
ya lo sé, por eso digo
que un letrerito... no temas...
Ern. Lo celebraré! Hasta luégo. (Medio mútis.)
D. Ern. Te marchas?... (Deteniéndole.)
Ern. Sí.
D. Ern. Yo quisiera
pedirte un favor.
Ern. (Dinero.)
Despues, pronto estoy de vuelta,
voy á una vista.
D. Ern. (¡Y se escurre!)
Son dos palabras...
Ern. (Consultando el reloj.) Ni media...

no puedo ya detenerme.

D. ERN. Si está á dos pasos la Audiencia.

ERN. Abur.

D. ERN. Estamos á veinte... (Siguiéndole.)

ERN. Y el tiempo corre que vuela...

D. ERN. Eso digo yo...

ERN. Entre tanto...

(Cogiendo unos papeles de encima de la mesa y entregándoselos.)

D. ERN. Qué me das aquí?...

ERN. Unas cuentas,
las he pagado... son tuyas...
examínalas...

D. ERN. (¡Me aterra!...)
Es que yo...

ERN. Luégo hablaremos...
sin prisa...

D. ERN. Pero?...

ERN. (Llamando.) Teresa... (Sale Teresa.)
Si viene gente, ahí están
mis pasantes, y si fuera
cliente nuevo, que á las cuatro,
cuando más, estoy de vuelta. (Váse.)

D. ERN. Me partió. (Viéndole salir.)

TERESA. Qué tiene usted,
don Ernesto...

D. ERN. Tres pesetas!

(Sacando el dinero del chaleco y contemplándolo con amargura.)

ESCENA IV.

D. ERNESTO, TERESA.

TERESA. Es bien poco.

D. ERN. Poco? Nada!
Me va á perder la virtud
espartana de ese chico!
Por vida de Belcebú!
Negarme el dinero á mí
cual si fuera yo un tahur
sin conciencia.

(Se deja caer abatido en la butaca. Teresa acercándose con mucha solicitud.)

TERESA. ¿Está usted malo?

D. ERN. (Levantándose con violencia.)
Malo? Conforme y segun!
Si estar malo es no poder
jugar siquiera un albur,
ni convidar á un amigo
á dos copas de Vermouth,
ni patinar con las niñas
que van al Skating-Club,
estoy malo, rematado,
me hace falta el ataud.

TERESA. Por Dios, don Ernesto...

D. ERN. Pronto
perderé la juventud
y el habla, y el apetito...

TERESA. Usted jóven... El betun,
la mano de gato...

D. ERN. Calla!

TERESA. Sostengo...

D. ERN. Qué entiendes tú
de lo que dices?... Y el aire?...
y la gracia? Y la salud?...
y los ojos?...

TERESA. Al asunto?

D. ERN. Qué asunto?

TERESA. Tiene usted un
compromiso?

D. ERN. ¡Dos!

TERESA. Yo tengo
en un rincon del baul
cinco duros...

D. ERN. ¡Cinco... Sácalos!
sácalos con prontitud!...

TERESA. Son de mis economías.

D. ERN. Lo supongo, cómo tu?...

TERESA. Mil gracias, señor...

D. ERN. Quisiera
probarte mi gratitud
regalándote un vestido...

TERESA. De lana?.

D. Ern. No, de tisú...
Teresa. No, de eso no.
D. Ern. Pues de fall
ó gró francés...
Teresa. Cómo?
D. Ern. Azul,
y adornado hasta el escote
con encajes de guipúr!
¿Vas por esos cinco duros?
Teresa. Volando. (Medio mútis.)
D. Ern. Cuánta virtud!
Se entiende que me los prestas?
Teresa. Y sin interés!
D. Ern. Ninguno
rasgo igual puede citarse
de la tierra en la amplitud! (Váse Teresa.)

ESCENA V.

D. ERNESTO, á poco TERESA.

D. Ern. Con cinco duros de apuros
de sobra sé que no salgo,
pero siempre tiene algo
el que tiene cinco duros.
Teresa. Señorito, aquí han traido
este traje para usted. (Con traje de Pierrot.)
D. Ern. Ah... sí... el Pierrot que encargué.
¿Qué ha dicho el sastre?
Teresa. Se ha ido.
D. Ern. Como me conoce! Voy
á probármelo. (Se quita la levita.)
Teresa. Un disfraz.
D. Enr. Justo.
Teresa. ¿Y será usted capaz
de ir al baile?
D. Ern. En ello estoy.
(Durante estos versos se ha puesto la blusa del traje de Pierrot y se mira al espejo.)
Soberbio; no me está mal.
(Dando á Teresa la levita.)
Tiene un boton que se cae,

pégalo.
TERESA. Corriendo... (Yéndose con la levita.)
D. ERN. Y trae
tu modesto capital
de paso.
TERESA. No se me olvida. (Váse.)
D. ERN. Es una mujer sin par
Teresa. Voy á pasar
una noche divertida! (Al espejo y de frente.)
Siempre del amor en pos
aún no sufrí desengaños,
y á mis años... ¡Qué á mis años?
(Mirándose al espejo.)
Cuántos tengo? Treinta y dos!
No será exacta la cuenta,
mas que importa, en puridad
nadie tiene más edad
que la edad que representa.
(Sale Teresa corriendo.)

ESCENA VI.

DICHO, TERESA.

TERESA. Tome usted los cinco duros... (Azorada.)
D. ERN. Qué tienes?...
TERESA. Ay! señorito...
preguntan...
D. ERN. Algun inglés?
Dí que no estoy, que he salido...
TERESA. Es una señora...
D. ERN. ... Es guapa?
TERESA. Es lindísima!
D. ERN. Anda, vivo...
que pase...
TERESA. Pero ese traje...
D. ERN. Es verdad... qué compromiso...
Ah! la bata. (Poniéndose la bata de Ernesto.)
TERESA. Qué hace usted?...
La bata del señorito...
D. ERN. Y eso qué importa! Házla entrar.

TERESA. Como usted guste. (Otro lío.) (Váse.)
D. ERN. La bata del abogado
cubra por rato brevísimo
la envoltura del Pierrot
con que adorno mi indivíduo.

ESCENA VII.

DICHO, ADELA y TERESA.

ADELA. El señor Gomez? (Desde el foro.)
D. ERN. Señora...
Servidor. (¡No es mal bocado!)
ADELA. Usted será el abogado...
D. ERN. El mismo....
TERESA. (Se finge ahora?...)
ADELA. Atraida aquí por la fama
y el nombre que goza usted
vengo á consultarle.
D. ERN. Eh?
Una... consulta?...
TERESA. (Se escama.)
ADELA. Sí tal, sobre un testamento,
mas si ahora tiene usted prisa...
D. ERN. No, al contrario! (Qué sonrisa!)
TERESA. (Qué audacia!)
D. ERN. Tome usté asiento.
(Se sientan.)
TERESA. (Toma el puesto de su hijo.)
D. ERN. (Esta jóven me interesa.)
Hable usted. Vete, Teresa.
TERESA. (Arma un embrollo, de fijo.) (Yéndose.)
ADELA. Vengo triste y afanosa... (Sonriendo.)
D. ERN. Sí? (Tristeza más oculta.)
ADELA. Ha hacer á usté una consulta
delicada y misteriosa.
Aquí donde usted me ve,
jóven aún...
D. ERN. Y agraciada! (Interrumpiéndola.)
ADELA. Soy la más desventurada.
D. ERN. Cómo! Qué me cuenta usted?
ADELA. Batallo entre horrible duda

de sentimientos extraños...
Tengo veintisiete años
y ya soy viuda!

D. ERN. Usted viuda!
Prosiga usted. (Me ha flechado!)
Conque viuda? Quién diría...

ADELA. Una horrible pulmonía
me redujo á tal estado.
Tres años de horas eternas,
sin consuelo y sin reposo,
hace que lloro á mi esposo.

D. ERN. Hay pocas viudas tan tiernas.

ADELA. No son excesos extraños,
me amaba tanto!

D. ERN. Ya! ya!
Mas qué hacerle? por allá
nos espere muchos años.
Y los tres que de viudez
teniendo tan linda cara
lleva usted...

ADELA. Se me prepara
mucho más larga.

D. ERN. Pardiez!
No me explico la razon.
Juzgo que si usted quisiera...

ADELA. Ahora entra la verdadera
consulta.

D. ERN. Presto atencion! (Arrimando la silla.)

ADELA. Razones de conveniencia
que fuera largo citar
me unieron ante el altar
con don Marcos de Plasencia.
Mi madre me lo rogó;
sacrifiqué mi reposo...
resumiendo: era mi esposo
mucho más viejo que yo.

D. ERN. Y colocó usted en su afan,
con una frase tan solo,
la eterna nieve del polo
sobre el cráter de un volcan!

ADELA. (Se queda un instante mirándole asombrada: despues continúa sin hacer caso de la interrupcion.)

Fué muy bueno; sus desvelos
me hubieran hecho feliz,
á no ser el infeliz
tan propenso á tener celos.
Mas puedo jurarle á usted
que jamás respecto á mí
motivo alguno le dí
para dudar de mi fe.

D. ERN. Misterios del corazon!

ADELA. Él era serio y adusto...

D. ERN. Sí? (Le voy tomando gusto
á mi nueva profesion!)

ADELA. Su estrafalaria manía
le dominó del tal suerte,
que hasta despues de la muerte
es celoso todavía.
Era rico; su fortuna
me legó!

D. ERN. Sublime accion!

ADELA. Mas con una condicion.

D. ERN. Una solamente?

ADELA. Una.

D. ERN. Ya comprendo, el buen señor
la prohibe á usté que se case...

ADELA. Á no ser que el novio pase
de los cincuenta.

D ERN. Qué horror!

ADELA. Esa cláusula fatal
me condena á que sucumba
á unos celos de ultratumba.

D. ERN. Celos póstumos!

ADELA. Cabal.

D. ERN. De la belleza en ultraje
esa condicion tan fiera,
casi es peor que la hoguera
de la viuda del salvaje!

ADELA. Yo quisiera, la verdad,
seguir sus buenos consejos...
Pero dos maridos viejos!...

D. ERN. Fuera mucha heroicidad!

ADELA. Hoy mi recurso postrero
está en usted, en su ciencia,

en su genio, en su elocuencia.
Sálveme usted, caballero!

D. Ern. Basta ya de amargo llanto.

Adela. Cree usted que podrá alcanzar?...

D. Ern. Hasta volverla á casar
si quiero!

Adela. No exijo tanto.

D. Ern. (Levantándose y yendo á la mesa.)
Tomaré nota. (La inspiro
interés.) (Escribe.)

Adela. (Qué escribe ahora?)

D. Ern. Su esposo de usted, señora,
murió...

Adela. (Con naturalidad.) Murió en el retiro.

D. Ern. En el parque? Desdichado!
(Soltando la pluma y yendo junto á Adela.)
¿Fué trágica la manera?

Adela. Quise decirle que era
comandante retirado.

D. Ern. Ah!... vamos! Algunas veces
la duda en un solo punto...

Adela. ¿Qué opina usted de este asunto?

D. Ern. Que conmoverá á los jueces!
Á no ser de pedernal
votarán la anulacion!
(Bajando al centro de la escena y en la actitud de pronunciar un discurso.)
Míreme usté en situacion
delante del tribunal.
Señores, grave es la causa
que hoy motiva mi defensa
y de trascendencia inmensa
es el problema! Una pausa!
Hé aquí una jóven sin par,
hermosa, pura, hechicera,
cuya fresca primavera
va el invierno á marchitar.
¡Cuál al casarse es la causa
y el objeto preferente?
La familia! Esto es corriente
é indiscutible! Otra pausa.
De enlazar la ancianidad

á un jóven y hermoso ser,
es claro que puede haber
incompatibilidad.
Esta es la mejor razon,
y os pido eviteis un mal
en nombre de la moral
y el censo de poblacion!
No, no podeis aprobar
esa cláusula maldita!
Lo ruega esta señorita!
Lo está exigiendo el hogar!
(Al accionar, declamando estos últimos versos, la bata abriéndose deja ver el traje de Pierrot. Adela, al apercibirse de ello prorumpe á carcajadas.)

ADELA. Já! Já! Un traje de Pierrot!
D. ERN. (Abrochándose la bata.) (Cielos!)
ADELA. Já! já! Si al verle me pasmé!
D. ERN. Por hablar con entusiasmo
mi entusiasmo me vendió!
ADELA. No le creí á usted capaz...
Já! já! La risa me ahoga...
vamos, en lugar de toga
usa usted ese disfraz!...
D. ERN. Yo diré á usted...
ADELA. Disculpado!
D. ERN. Voy á un baile y...
ADELA. Sospeché
la verdad.
D. ERN. Y me probé
el traje.
ADELA. (Levantándose y riéndose.) Pues ni pintado.
D. ERN. Se va usté tan pronto...
ADELA. Sí.
Si á pleitear me decido
usted será el elegido
para defenderme á mí.
D. ERN. Yo en ello tendré un placer...
ADELA. Quede con Dios el Pierrot.
D. ERN. Deja usted sus señas?
ADELA. No,
¿para qué? no es menester!...
D. ERN. De aquesta debilidad (Mostrando el traje.)

guárdeme usted el secreto!
Se lo ruego!

ADELA. Lo prometo!
Tiene gracia... já! já! já!

D. ERN. Ya sé que habrá usted pensado
muy mal...

ADELA. Y qué hay que me asombre?
Sé que una cosa es el hombre
y otra cosa el abogado!

D. ERN. Gracias! (Inclinándose.)

ADELA. Adios, volveré.

D. ERN. Y yo venceré al tirano!
(Acompañándola hasta el foro y con entusiasmo.)

ADELA. Já! já! Beso á usted la mano.

D. ERN. Señora... á los piés de usted.
(Váse Adela. Se oyen dentro largo rato las carcajadas de Adela.)

ESCENA VIII.

D. ERNESTO, á poco JUAN.

D. ERN. *Bocatto di cardinale!*
Es una mujer soberbia...
si yo supiera quién es
y dónde vive... qué idea...
Juan... Juan... (Llamando.)

JUAN. Llama usted?
(Sale del escritorio.)

D. ERN. Escucha.
Ahora baja la escalera
una mujer muy bonita,
vas á seguirla, no pierdas
su pista...

JUAN. Pero...

D. ERN. (Escuchando.) Aún se rie...
averigua con cautela
cómo se llama, quien es,
donde vive...

JUAN. Ya es tarea.

D. ERN. Corre y tráeme esas noticias
precisas, claras y auténticas!

(Lo empuja y le hace salir.)
Demonio, con la cliente
me olvidaba de la cena
y el compromiso que tengo
para esta noche. Teresa
me ha prestado cinco duros,
pero esto es una miseria.
Discurramos. ¿Qué hora es? (Saca el reloj.)
El reloj! (Asaltado por una idea.)
Bendito seas! (Lo besa.)
Á grandes males, Antonio, (Llamando.)
grandes remedios... es fuerza
salir de este apuro... Antonio!
¿Debo empeñar esta prenda? (Dudando.)
Bah... la desesperacion
es muy mala consejera!
(Se lo quita del chaleco. Sale Antonio tambien del escritorio.)

ESCENA IX.

D. ERNESTO y ANTONIO.

D. Ern. Acércate acá, buen mozo.
Ant. (Nos trata con un agrado.)
Mande usted.
D. Ern. ¿Tú eres callado?
Di la verdad.
Ant. Soy un pozo.
D. Ern. Mira este reloj... de fijo
valdrá cien duros...
Ant. Lo creo.
D. Ern. Es oro de ley.
Ant. Ya veo.
D. Ern. Fué un regalo de mi hijo.
Te gusta?
Ant. Mucho. Mi sueño
hace ya tiempo es tener
uno así.
D. Ern. Quiero saber
lo que dan por él de empeño.
Ant. Empeñarle?

D. Ern. No es apuro,
es simplemente una apuesta
con un amigo, y me cuesta
trabajo...
Ant. Me lo figuro. (Con malicia.)
D. Ern. Confío solo en tu celo...
Andando, y pronto.
Ant. Muy bien. (Medio mutis.)
D. Ern. Mira, llévate tambien (Deteniéndole.)
por si acaso el guardapelo,
y la cadena.
Ant. Eso es
lo mejor, pues de este modo
quizá dejándolo todo
den tres onzas.
D. Ern. Trae las tres. (Váse Antonio.)
(Sale Teresa con la levita.)
Teresa. Tambien va de comision
Antonio?
D. Ern. Sí, Teresita!
Teresa. Aquí está ya la levita,
ya la he pegado el boton.

ESCENA X.

D. ERNESTO, TERESA, á poco MANUEL.

D. Ern. Gracias... eres una alhaja!
Teresa. Lisonja.
D. Ern. Justicia seca.
(Buscando en los bolsillos.)
Demonio...
Teresa. Qué tiene usted?
D. Ern. He dejado la cartera
en casa de Leopoldina...
Teresa. Leopoldina?
D. Ern. Si la encuentra
alguna visita... ¡Horror!
Preciso es mandar por ella...
Manuel! Manuel! La pondré
en un instante dos letras,

(Se sienta á escribir.)
que la busque y me la envíe
en seguida; me interesa
que nadie se entere...

TERESA. ¿Pero
va usté á mandar...

D. ERN. Esta esquela...

TERESA. Con Manuel?

D. ERN. No hay otro...

TERESA Justo,
y el escritorio se queda
abandonado.

D. ERN. Qué importa
si los tres están de vuelta
ahora mismo.

TERESA. Sin embargo,
si el señorito se entera.

D. ERN. Manuel!—No tengas cuidado.

MANUEL. Llamaba usted?

TERESA. (Qué cabeza!)

D. ERN. Toma esta carta.

MANUEL. Estoy solo
en el despacho.

D. ERN. Te llegas (Sin hacerle caso.)
San Marcial, cuarenta y seis.
frente á San Gil...

MANUEL. No está cerca.

D. ERN. Llamas al cuarto segundo,
saldrá á abrirte una doncella
bastante guapita, rubia...

MANUEL. Muy bien.

D. ERN. Le entregas la esquela
y esperas contestacion.

MANUEL. Y si...

D. ERN. Tráete la respuesta
volando.

MANUEL. Pero es el caso
que el escritorio se queda
solo.

TERESA. Solo.

D. ERN. Bien, y qué?
Hechas la llave á la puerta

y te vas.

MANUEL. Si usted lo manda...

D. ERN. Lo mando.

MANUEL. Como usted quiera!

(Cierra la puerta del escritorio, da la llave á Don Ernesto y sale con la carta foro.)

TERESA. (Cuando venga don Ernesto va á haber la marimorena.) (Váse.)

D. ERN. Gracias á Dios que se fué!
No he visto chico más pelma.
Guardemos este disfraz
ántes que Ernesto lo vea.
(Váse llevando el traje de Pierrot.)

ESCENA XI.

D. LUIS y TERESA, á poco D. ERNESTO. Ambos por el foro.

LUIS. Está bien, le esperaré.

TERESA. Se empeña usté en verle?

LUIS. Sí,
es lo mejor.

TERESA. Ya no debe
tardar. (Teresa saluda y váse.)

LUIS. Le aguardo. (Se sienta.) Por fin
voy á saber la verdad
para eso he venido aquí.
Conque un señor abogado?
Quién lo había de decir!
Veremos qué cara pone
cuando le enseñe... jí!... jí!... (Riendo.)
la cartera!

D. ERN. Señor mio!. (Saliendo y saludando.)
(Otra consulta? Á vivir.)
D. Luis se levanta y saluda inclinándose. D. Luis debe reirse con mucha frecuencia siempre que lo indica el diálogo.)

LUIS. El señor Gomez?

D. ERN. El mismo.

LUIS. Conque es usted?...
D. ERN. Creo que sí!
LUIS. Jí! jí! Parece mentira.
D. ERN. Dice usted...
LUIS. Yo presumí
encontrar otra persona.
D. ERN. Otra?
LUIS. Algun chisgarabis,
un pollo, y esas arrugas...
D. ERN. Caballero!...
LUIS. Esa nariz...
Já! já!
D. ERN. (Se estará burlando!)
LUIS. Jí! jí!
D. ERN. Por las once mil!
LUIS. Dispense usted. Ante todo
yo le he debido decir
quién era.
D. ERN. Justo (Si hubiese
empezado por ahí.)
LUIS. Al asunto.
D. ERN. Ya le escucho.
LUIS. Yo me llamo don Luis
Dulzura, soy propietario
en la calle del Candil,
y he nacido en Ciempozuelos.
D. ERN. Siéntese usted, don Luis.
LUIS. Gracias. (Se sienta.)
D. ERN. Dígame usté ahora
en qué puedo yo...
LUIS. Jí! jí!
Vamos, cuanto más le miro...
D. ERN. (Me va cargando el reir
de este tio.)
LUIS. Una pregunta.
D. ERN. Las que usted quiera. Dos mil!
LUIS. Es usted soltero?
D. ERN. Viudo.
LUIS. Viudo! El estado feliz.
Y tiene usted hijos?
D. ERN. Uno.
LUIS. Varon?

D. ERN. Con v.
LUIS. Dí en el quid.
Ese es el Gomez que busco.
D. ERN. Cómo?
LUIS. Voy á concluir.
Será un chico muy amable?
D. ERN. No señor, un puerco-espin.
LUIS. Entónces será un buen mozo?
D. ERN. Pchss!
LUIS. Y amigo de lucir,
de divertirse.
D. ERN. Al contrario.
LUIS. No lo niegue usted... jí! jí!
Yo sé algunos pecadillos
de ese jóven.
D. ERN. San Dionís! (Levantándose.)
Será verdad?...
LUIS. Ya lo creo...
no le vaya usté á reñir...
D. ERN. (Si le pesco en un renuncio
que más quiero! Soy feliz!)
LUIS. La muchacha lo merece...
D. ERN. Muchacha! Qué es lo que oí!
LUIS. Si usted no se tranquiliza...
D. ERN. Prosiga usted, don Luis.
LUIS. El asunto es grave.
D. ERN. Grave?
LUIS. Gravísimo!
D. ERN. (Le cogí.)
Qué ha hecho ese bribon?
LUIS. Já! já!
D. ERN. No es ocasion de reir,
está un padre... fluctuando...
LUIS. Ántes hablemos de mí.
D. ERN. Estoy en ascuas!
LUIS. Yo tengo
en mi casa un querubin
que ha cumplido veinte años
el dia veinte de Abril
próximo pasado.
D. ERN. Al grano.
LUIS. Es mi sobrina. En Guadix

quedó huérfana la pobre
allá por el año mil...

D. Ern. Suprima usted los detalles.

Luis. Sí, los voy á suprimir:
soy el tio y el tutor
de ese hermoso serafin.

D. Ern. Me lo ha dicho usted dos veces.
(Ya te veo *de venir.*)

Luis. Mas nadie se fija en ella
y á ninguno hace tilin.

D. Ern. Será fea!

Luis. No señor.
Tiene unos ojos así,
la boca como un capullo,
el pie breve, chiquitin.

D. Ern. Suprima usted los detalles.

Luis. Sí, los voy á suprimir.

D. Ern. No acierto la relacion
entre esa sobrina y...

Luis. Aunque yo soy su tutor,
ya debe usted inferir
que yo tendré mis pasiones
como otros y...

D. Ern. Don Luis!

Luis. Já! já! No se alarme usted,
me procuro divertir,
á qué está uno? La vida
es corta.

D. Ern. Mucho que sí!

Luis. Eso digo yo. Entre tanto
y por no dar que decir
amo en secreto.

D. Ern. Es posible?

Luis. Sí señor, y con buen fin,
á una muchacha que vive
frente al cuartel de San Gil.

D. Ern. (Caracoles.)

Luis. (Sacando la cartera.) Ayer noche...

D. Ern. (Cielos, lo que yo temí.)

Luis. Encontré cierta cartera
de su hijo de usted.

D. Ern. (Por fin.)

Luis. Leopoldina aseguró
la dejó olvidada allí
su abogado... el señor Gomez...
tómela usted.
D. Enr. Gracias mil.
Luis. Leopoldina tiene un pleito
que presenta mal cariz
segun dicen. Yo prefiero
que no litigue.
D. Ern. Entendí.
No volverá!
Luis. Bien: en cambio
si usted puede conseguir
que honre mi casa...
D. Ern. Comprendo...
la sobrina de Guadix!
Luis. Ella rica, él abogado...
ya ve usted si es porvenir!
D. Ern. Se intentará!
Luis. Muchas gracias!
(Quién me gana á discurrir!
así le aparto por siempre
de Leopoldina!)
D. Ern. (Él aquí.)
(Viendo entrar á Ernesto.)

ESCENA XII.

DICHOS y ERNESTO.

Ern. Señores...
D. Ern. Ernesto Gomez,
mi hijo único. (Presentándole.)
Luis. Já! já!
Sin que usted le presentase
le reconocí al entrar.
Ern. Caballero... (Algun inglés.)
D. Ern. Don Luis Dulzura...
Luis. (Bajo á D. Ernesto.) (Y Peral.)
D. Ern. Y Peral. Amigo mio
muy antiguo.
Ern. Lo será.

desde hoy mio.
Luis. Muchas gracias.
(Qué simpático!)
D. Ern. (Verdad?)
Luis. Ya hemos hablado de usted
un rato.
Ern. Sí? (Quién será?)
D. Ern. (Ni una palabra de aquello.)
Ern. (Cuchichean; algo hay.)
Luis. Jóven, calme usted por Dios
los impulsos de la edad.
Ern. De la...
D. Ern. (No dé usted á entender...)
Luis. La calle de San Marcial
le está á usted vedada.
Ern. Á mí?
D. Ern. (Lo va á echar todo á rodar.)
Luis. Jí! jí! Le he dado en el blanco.
D. Ern. Luis!
Luis. La posicion social
y el brillante porvenir
que tiene en el foro ya,
exigen que un matrimonio
le vuelva á usted más formal!
Ern. (Si será casamentero?)
D. Ern. No temas, ya escuchará
mis consejos.
Ern. Tus consejos?
Luis. Un buen dote es la mitad
de la dicha.
D. Ern. No lo olvides!
Ern. Yo? (Me van á marear.)
Luis. Abur, no frecuente usted (Dándole la mano.
la calle de San Marcial.
Ern. (Otra vez?)
D. Ern. (Cállate, hombre...
y vete.)
Luis. Tú le dirás?
(Asentimiento en D. Ernesto.)
En la calle del Candil
número diez, principal,
tendrá usted siempre un amigo...

Ern. (Que no pienso visitar.)
Luis. Amigo Gomez... (Á D. Ernesto.)
D. Ern. (Acompañándole.) Adios.
Luis. Que no falte el chico.
D. Ern. Irá. (Váse Luis.)

ESCENA XIII.

D. ERNESTO, ERNESTO, TERESA, despues sucesivamente, JUAN, ANTONIO y MANUEL.

Ern. Vas á explicarme por fin
qué calle de San Marcial
es esa? Qué significa...
D. Ern. Descuida, ya lo sabrás,
un dote que ando buscando
para tí.
Ern. Cómo?
D. Ern. Es un plan
soberbio.
Ern. No te molestes.
D. Ern. Tú las gracias me darás
cuando...
Ern. (Llamando.) Juan! Manuel, Antonio...
no contestan! ¿Dónde están
mis dependientes?
D. Ern. No sé.
Ern. Quién ha mandado cerrar
sin que yo...
Juan. (Que entra corriendo.) Ya estoy aquí.
D. Ern. (Vaya una oportunidad.)
Ern. ¿De dónde vienes, responde?
Juan. Yo, señorito...
Ern. Hablarás...
Juan. Su papá de usted...
D. Ern. Es cierto,
no me acordaba... es verdad.
Juan. (Sin reparar en las señas de D. Ernesto)
Ya sé lo que usted quería,
he tenido que trotar
de lo lindo, esa señora
tiene un paso que ya ya!

ERN. Una señora.

D. ERN. (Me pierde
con su importuno charlar.)

ERN. Prosigue.

JUAN. Vive en el trece
de la calle de Alcalá,
es viuda, dice el portero...

D. ERN. Chis! no quiero saber más.
Vete.

JUAN. Bien. (Entra en el escritorio.)

ERN. Perfectamente!
Formas tu ronda especial
para seguir tus conquistas
de mis pasantes?

D. ERN. Verás,
la viuda es una cliente
que te vino á consultar,
me tomó por abogado
y la aconsejé...

ERN. (Dejándose caer en la butaca.) Tú! Ay!
Me has perdido.

D. ERN. Yo?

ERN. Si cuenta,
que sí que lo contará,
las cosas que tú habrás dicho
hay para echarse á temblar!
Bonita reputacion.

D. ERN. Chico, no es tan grave el mal.

ERN. ¡Qué ha de ser! Y qué te dijo...
que venía á consultar?...

D. ERN. Nada... sobre un testamento...

ERN. Un arcano notarial,
un abismo! Qué de cosas
habrás debido soltar!

D. ERN. La ley es el buen sentido.

ERN. Padre...

D. ERN. Ni ménos ni más,
y ella salió muy contenta
del modo de interpretar
que tuve el código!

ERN. Basta!

(Antonio entra con el dinero y la papeleta del

reloj.)

ANT. Aquí tiene usted.

(Dirigiéndose á D. Ernesto sin ver al hijo.)

ERN. (Levantándose de un salto.) Qué hay!...

ANT. La papeleta y dos onzas,
de ahí no han querido pasar.

ERN. Qué es esto? de dónde vienes?
responde pronto...

D. ERN. (Animal.)

ANT. Yo?... de empeñar el reloj
de don...

ERN. Como de empeñar...

D. ERN. Fué por apuesta ..

ANT. Eso es...

ERN. Vete!

ANT. Es que yo...

ERN. (Furioso: Antonio váse corriendo.) Te irás!
(Paseando con agitacion. Escena muy viva hasta el final del acto.)
Esto es insufrible!

D. ERN. Chico...

ERN. Por Dios, déjeme usted en paz...
Qué dirán mis escribientes...
qué dirá la sociedad!

MANUEL. (Con carta en la mano.)
Esta es la respuesta de
la calle de San Marcial.

ERN. San Marcial! Dame..
(Arrebatándole la carta.)

D. ERN. Permite...

ERN. (A Manuel.) Se puede usted retirar.

D. ERN. Chico, puede haber detalles...

ERN. Eso quiero yo! (Abriendo la carta.)

D. ERN. (Á Manuel que pasa junto á él al retirarse.)
(Astracan.)

ERN. (Leyendo.) «Ernesto; tu cartera ha sido encontrada anoche en mi casa por mi protector el señor Dulzura, que al verla puso un gesto muy agrio: logré convencerle que era de mi abogado, y confio, que si va á visitarte como espero, sabrás echarle el muerto al simple de tu hijo.» Muchas gra-

cias. «Leopoldina.» (Da la carta á D. Ernesto.)

D. ERN. Ella no pudo pensar
que tú habías de leer...

ERN. Leopoldina! No está mal.

D. ERN. No te incomodes, son bromas...
vente esta noche á cenar
con nosotros.

ERN. Yo?...

D. ERN. Tú mismo.
Que hay en ello de...

ERN. Jamás.

D. ERN. Anímate...

TERESA. (Saliendo.) Don Ernesto,
come usté hoy en casa?

D. ERN. Quiá!

ESCENA ÚLTIMA.

ERNESTO, D. ERNESTO, TERESA.

ERN. Tambien hoy vas?

D. ERN. No des voces...
Dan esta noche reunion
las de Vigil...

ERN. Y quién son
las de Vigil?

D. ERN. No conoces?

ERN. No señor...

D. ERN. Que atrocidad...

ERN. Confieso que nunca he oido...

D. ERN. Si son lo más escogido
de la buena sociedad!

ERN. Vendrás...

D. ERN. Al amanecer.

TERESA. Y el reposo...

ERN. Y la familia,
y el hogar!...

D. ERN. Basta de homilía,
si no me has de convencer!
Á qué esa horrible acritud
y esa sempiterna queja?

ERN. Padre...
TERESA. Señor...
D. ERN. Albur, deja
que viva la juventud!
(Váse poniéndose el sombrero y saludando con la mano á Ernesto. Telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de paso de una fonda. Puerta al foro: dos laterales á derecha é izquierda: velador en el centro con periódicos y recado de escribir: muebles correspondientes.

ESCENA PRIMERA.

D. BLAS y PACO.

PACO. ¿No acaba usted de comer?
BLAS. No señor, me servirás
desde mañana en mi cuarto.
No se puede tolerar
á ese don Ernesto.
PACO. Ha hecho
alguna barbaridad?
BLAS. Como siempre; á esa señora,
esposa del capitan
de coraceros, le ha dicho
que es muy guapa.
PACO. Pues no hay
ofensa.
BLAS. Mas al marido
no le ha debido gustar
la broma: poco despues,
tal vez por casualidad,
pisó don Ernesto el pie...

PACO. De la dama?

BLAS. Del galan!
Y éste cogió una botella,
levantó la mano, y ¡zás!
Intervino todo el mundo.

PACO. La cosa se arreglará.

BLAS. Dándose un par de sablazos.
Ese viejo es muy capaz.

PACO. Lo que es eso ya lo creo.

BLAS. Tú que le sirves sabrás...

PACO. Que es un tipo; solamente
segun yo puedo observar
tiene un flaco... le domina
su mujer.

BLAS. Pero es verdad!

PACO. Si hubiera usted visto ayer...
¡Casi le llegó á arañar!
Y hoy ha comido en su cuarto
ella sola.

BLAS. Ménos mal.
Porque si baja y se entera.

PACO. Digo! No faltaba mas!

BLAS. Aquí se acerca; me escurro.
No lo puedo tolerar. (Váse.)

ESCENA II.

PACO y D. ERNESTO.

Éste con batin y encendiendo un cigarro, se nota en él un ligerísimo estado de embriaguez, expresado por la volubilidad y la expresion de su alegría, pero sin tambalearse.

D. ERN. ¡Es una rubia muy guapa!
Ya lo creo que lo es!
¿Te gustan á tí las rubias,
di, Paco?

PACO. Mucho! Y á usted?

D. ERN. Por unos ojos azules,
muy azules, y una tez
muy blanca, soy yo capaz...

PACO. Lo sé, de armar un belen.

D. Ern. Sabes ya lo que ha pasado
en el comedor?

Paco. Lo sé.
Se ha incomodado el marido.

D. Ern. Mucho; y lo siento por él,
porque hablando, acá *in ternos*,
yo creo que su mujer...

Paco. La esposa de un capitan...

D. Ern. Y aunque sea coronel!
La mujer!...

Paco. Yo juraría...

D. Ern. No jures, si sigo un mes
en esta fonda...

Paco. Y se entera
su señora.

D. Ern. Cómo? Quién?

Paco. Su esposa de usted.

D. Ern. Mi esposa?

Paco. Doña Leopoldina.

D. Ern. Es
mi prima, y está tocada.

Paco. ¡Puede!

D. Ern. ¡Pues no ha de poder!
No digas tú, sin embargo,
una palabra.

Paco. Yo? Á quién?

D. Ern. (Sacando una carta del bolsillo.)
Ah! Toma esta carta, hoy mismo
ha de salir.

Paco. La echaré
al correo. (Leyendo el sobre.) «Don Ernesto
Gomez, en Spa.»

D. Ern. Eso es.
No te se olvide...

Paco. No hay miedo.
tengo que echar cinco ó seis...
y de paso... (Viendo salir á D. Ramon.)
El capitan!

D. Ern. Déjame á solas con él. (Váse Paco.)

ESCENA III.

D. RAMON, D. ERNESTO.

RAMON. Don Ernesto...
D. ERN. Don Ramon.
RAMON. Es preciso...
D. ERN. Ya lo sé.
RAMON. Entónces comprende usted?...
D. ERN. Comprendo la situacion.
Quiere usted á todo trance
porque yo he dicho una flor
tener un lance de honor!
RAMON. Sí señor!
D. ERN. Pues haya lance!
usted verá la manera...
RAMON. Es natural que yo exija...
D. ERN. (Interrumpiéndole y con mucha tranquilidad.)
Armas, las que usted elija...
El sitio y la hora, cualquiera...
RAMON. Á pistola.
D. ERN. Bueno; vaya
por la pistola.
RAMON. Padrinos...
D. ERN. Dos, cualquiera, los vecinos
de cuarto.
RAMON. Sitio, la playa.
D. ERN. Bien.
RAMON. Á las seis.
D. ERN. Buena hora.
RAMON. ¡Y á diez pasos!
D. ERN. ¡Con qué ahinco!...
RAMON. ¿Le parece á usted?...
D. ERN. Á cinco!
(Saludando y medio mútis.)
Á los piés de la señora!
RAMON. Convenidos?
D. ERN. Sí.
RAMON. (Me inquieta
que no demuestre recelo.)
D. ERN. Voy á ver ántes del duelo

si desbanco á la ruleta! (Váse sonriendo.)
RAMON. ¡Bromitas? ¡Por Lucifer
que ha de pagarme el bromazo!
Por lo ménos algun brazo
le rompo! ¡No he de romper!
(Váse lateral derecha.)

ESCENA IV.

ADELA, INÉS, D. LUIS y ERNESTO por el foro con traje de viaje.

LUIS. ¡Mozo! ¡Mozo!
PACO. (Sale corriendo.) Señoritos...
ERN. Habitacion de primera?
PACO. Tres quedan desocupadas
en el principal.
LUIS. Á verlas.
ERN. Voy si ustedes me permiten,
y se evitan la molestia...
LUIS. Como gustes; entre tanto
descansaremos.
(Invita á las señoras y se sientan.)
ADELA. (Á Inés.) (Demuestra
mucho amor, mucho cariño...
Con tal que le dure...)
LUIS. (Reconviniéndola.) (Adela!)
ERN. (Que ha dejado su maleta mientras estos versos.)
Vamos á ver?
PACO. Pase usted.
ERN. (Á las señoras.)
Abur, pronto estoy de vuelta!
(Váse con Paco.)

ESCENA V.

DICHOS ménos PACO y ERNESTO.

ADELA. Digo y repito mil veces
que no comprendo la idea
de tu futuro. Casarse
en Santander!

LUIS. No seas terca,
qué más da; la ceremonia
siempre es la misma; la iglesia
santifica el santo lazo
lo mismo aquí que en Vallecas.
ADELA. Teniendo casa los dos
en Madrid, lógico era...
INES. Eso pensé yo tambien.
ADELA. Sí?
INES. Pero Ernesto se niega.
ADELA. Tendrá mil razones
LUIS. Claro.
ADELA. Y ninguna será buena.
LUIS. Jí! Jí! siempre maliciosa!
ADELA. Veremos las consecuencias!
INES. Teme usted?
LUIS. No la hagas caso.
Son aprensiones de Adela.
ADELA. Allá veremos.
LUIS. Por Dios,
no siembres esas ideas
en su jóven corazon.
Si está la chica contenta,
á que viene eso?
ADELA. Y su padre?
LUIS. Hace tiempo que está fuera,
en el extranjero.
ADELA. Ya!
tal vez á la boda venga.
LUIS. Ernesto dice que no.
Aún no le conoce esta.
ADELA. Y es amigo tuyo?
LUIS. Mucho:
le conocí en otra época.
(Aparece Ernesto seguido de Paco.)

ESCENA VI.

DICHOS, ERNESTO y PACO

ERN. Habitaciones magníficas.
Las acepté.
LUIS. Cuánto cuestan?

ERN. De eso hablaremos más tarde.
Puedes subir las maletas.
PACO. Está bien. (Lo hace.)
ADELA. Vamos nosotras
á elegir?
INES. Como usted quiera! (Se levantan.)
LUIS. Estás en todo! Mil gracias.
ERN. Eso no vale la pena.
ADELA. Diga usted, y á su papá,
porque yo espero que venga
á la boda, no le guardan
habitacion?
LUIS. (Esta Adela!...)
ERN. Anda el pobre atareado
con sus cosas en... Venecia,
y aunque le escribí rogándole
que viniese...
ADELA. Usted no espera?
ERN. No, no señora. (Á Dios gracias.)
LUIS. Cuando mi prima se empeña
en una cosa...
INES. ¿No vamos
á ver los cuartos?
ADELA. Qué priesa!
Vamos. (Lo dicho, aquí hay algo.)
PACO. (Que sale.) Arriba están las maletas.)
(Vánse por el foro Ernesto, D. Luis, Inés y Adela.)

ESCENA VII.

PACO, á poco D. ERNESTO.

PACO. Bien, no han sido impertinentes
en elegir y ajustar.
¡Le da á uno gusto tratar
con señoritos decentes!
Gracias á Dios se ocupó
todo el hotel por ahora.
D. ERN. Suerte infiel! Suerte traidora!
(Tira el sombrero sobre el velador y se sienta.)
PACO. (¡Don Ernesto, liquidó!)
(Sale de puntillas por la izquierda.)

ESCENA VIII.

D. ERNESTO, á poco ERNESTO.

D. Ern. Por ir de la suerte en pos
sufrí un horrible revés.
¡Era tan bonito el tres!
¡Por qué no habré puesto al dos!
Perdí; pero siento más
que mi dinero perdido,
los cien duros que he pedido
á ese usurero, á don Blas.
Y pagarle es necesario,
porque el interés, si no...¡
¿Dónde podré encontrar yo
un crédito extraordinario?
Mi carta ha salido ya
y en ella pido dinero...
¿Pero señor, cómo espero?
Pondré un telégrama á Spa!
(Al dirigirse al foro se encuentra con Ernesto que entra. ambos retroceden asombrados.)

ESCENA IX.

ERNESTO, D. ERNESTO.

Ern. ¡Es él!
D. Ern. Aunque no te cuadre!
No te arrojas á mi cuello!
Chico, pues ya, dime aquello,
«¡válgame Cristo, mi padre!»
Ern. (Abrazándole.) Dame los brazos. Presiento.
D. Ern. El qué? Pones una cara?
¡Hombre, figura más rara!
¡Bonito recibimiento!
Ern. No estabas en Murcia?
D. Ern. Sí.
Ern. Y cómo te encuentro hoy?...
D. Ern. Lo estaba, mas no lo estoy.
Á muchos les pasa así.

ERN. Bien hecho; tus imprudencias,
tus locas calaveradas...
D. ERN. Premisas equivocadas,
ilógicas consecuencias.
Esos reproches extraños
en qué los apoyas, dí?
Estoy malo, y vine aquí
simplemente á tomar baños.
Tengo yo culpa quizá,
ya que haces tales extremos,
que en Santander nos hallemos?
no te marchastes á Spa?
ERN. Es cierto.
D. ERN. Mi situacion
era en Murcia muy amarga,
te escribí una carta larga,
no obtuve contestacion:
acabóseme el dinero,
víme enfermo y apurado,
y al venir pedí prestado.
ERN. Cómo á quién?
D. ERN. Á un usurero.
No te gusta la manera?
Vamos, dilo francamente.
ERN. Quiero saber solamente
si viajas... con enfermera.
D. ERN. Sí, chico.
ERN. (Dios de bondad!)
No trato de inmiscuirme,
mas si quisieras decirme...
D. ERN. No he de querer! La verdad!
ERN. Me conformo.
D. ERN. Te conformas?
Me alegro. Pues no haya riña.
La viajera es una niña
que tiene muy buenas formas.
ERN. Buena recomendacion
que hace á la moral ultraje.
D. ERN. ¡Buenas formas de lenguaje!
No hablo de la complexion!
ERN. Y es bella?
D. ERN. Como la luz!

Encanta con su belleza
y tiene esa gentileza
propia del tipo andaluz.
Hay en su frente alegría,
en sus ojos sentimiento,
razona como el talento,
habla como la armonía.
Anda con gracia y de priesa
y es tan breve el pie de nieve,
que cuando al polvo se atreve
más que lo pisa lo besa!

ERN. Será preciosa, divina,
mas va del brazo de un hombre
honrado, y quizás su nombre...

D. ERN. ¡Si es muy lindo! Leopoldina!

ERN. La de marras?

D. ERN. (La solté!)

ERN. ¡Y vienes aquí con ella!

D. ERN. No! (Reniego de mi estrella!)

ERN. Cómo entónces...

D. ERN. Te diré.
Triste y apenada hoy,
por inspiracion secreta,
va á ser monja recoleta
en un convento de Alcoy.

ERN. Y va á Alcoy por Santander?

D. ERN. ¿Te extraña?

ERN. Mucho á fe mia.

D. ERN. ¡Qué sabe de geografía
en España la mujer?

ERN. Ya!

D. ERN. Debió desorientarla
algun chusco, algun bribon,
yo la encontré en la estacion
y me ofrecí á acompañarla.

ERN. No es mi ánimo reprocharle
la intencion.

D. ERN. Comprenderás...

ERN. Pero ahora mismo te vas
con la música á otra parte.

D. ERN. Bueno, bien; la Providencia
hace que te encuentre aquí,

más me recibes así
y no sé qué hacer. Paciencia!

ERN. (En tono confidencial y amistoso.)
Yo no he venido á bañarme
á este puerto, has comprendido?

D. ERN. Entónces á qué has venido?

ERN. Únicamente á casarme
lejos de tí.

D. ERN. Tonterías!

ERN. Es cosa formal.

D. ERN. Demonio!

ERN. No estás por el matrimonio?

D. ERN. Eso es segun; tengo dias.
Dónde está la novia?

ERN. Aquí.

D. ERN. Preséntame á ella.

ERN. Al mes
de estar casado.

D. ERN. Eso es
una tiranía!

ERN. Sí!
Es medida extraordinaria
que un justo temor explica.

D. ERN. Y la chica es rica?

ERN. Rica?
No señor, es millonaria.

D. ERN. De veras?

ERN. Hablo formal.

D. ERN. Deja que el asunto active.

ERN. No, padre.

D. ERN. Entónces recibe
mi bendicion paternal!

ERN. Son precauciones...

D. ERN. Feroces!
Quisiera verla!

ERN. Despues.

D. ERN. Saber...

ERN. Tú sabes quién es.

D. ERN. Yo?

ERN. Pero no la conoces.
Más que un antojo pueril,
el afan de averiguar

algo, me hizo visitar
en la calle del Candil
á cierto señor Dulzura
protector de Leopoldina.

D. ERN. No sigas: es la sobrina
de aquel?

ERN. Preciosa criatura!

D. ERN. Y tratabas de ocultar
lo que yo...

ERN. La vi, la amé,
nos juramos nuestra fe
y nos vamos á casar.

D. ERN. Me alegro: y por tus amores
temes que yo...

ERN. No me arguyas:
las incongruencias tuyas
me inspiran serios temores.

D. ERN. Prometo...

ERN. No, no, jamás.
Si te quedas aquí, vas
á desbaratar mi boda.

D. ERN. De crueldad haces alarde..

ERN. Es el temor que me inquieta.

D. ERN. Entónces...

ERN. Haz la maleta.

D. ERN. Bueno, bien, me iré esta tarde.

ERN. Ahora mismo.

D. ERN. Es fuerte cosa.
Leopoldina...

ERN. Bah! La escribes
dos letras. (Haciéndole sentar.)

D. ERN. Mas...

ERN. Te despides
y la esperas en Reinosa.

D. ERN. (¿Pero y la deuda, y el duelo?)

ERN. No escribes?

D. ERN. Sí, sí, lo haré..,
(Escribe.) (No hay remedio, volveré.)

ERN. (Si le ven... tengo un recelo?)

D. ERN. Ya está. (Cerrándola.)

ERN. (Logro que se vaya!)
Enojado, padre?

D. Ern. Quiá!

Ern. Y á dónde te vas, papá?

D. Ern. Á Deva.

Ern. Bonita playa.
Es mejor que el Sardinero.

D. Ern. Tal vez; pero yo contaba...
Vaya, adios!

Ern. Se me olvidaba.
Toma, no tendrás dinero.
(Dándole unos billetes.)

D. Ern. ¿Me pagas...

Ern. Qué desatino.
Trae, no se olvide. (Cogiendo la carta.)

D. Ern. Qué?

Ern. Paco!

Paco. Señor?

Ern. Tome usted
esta esquela, á su destino!

D. Ern. Á la...

Paco. Sí señor, ya estoy.

Ern. Ande usted.

D. Ern. Despacha presto;
y abur.

Paco. Se va don Ernesto?

Ern. Ahora mismo.

D. Ern. Sí, me voy.
(Paco se encoge de hombros y sale con la carta.)

Ern. (Se salvó la situacion!)

D. Ern. (Yo volveré!)

Ern. (No me fío!)

D. Ern. Hasta la vuelta, hijo mio!
(Tendiéndole la mano.)

Ern. (Cogiéndole del brazo.)
Te acompaño á la estacion!
(D. Ernesto hace un gesto de disgusto, pero se resigna y sale por el foro cogido del brazo de su hijo. En cuanto estos desaparecen salen por la derecha Inés y Adela.)

ESCENA X.

ADELA é INES, á poco PACO.

ADELA. Dónde estará tu futuro?
Hija, no se deja ver
hace más de media hora.

INES. Tienes razon, mas no sé...
(Se sientan junto al velador.)

ADELA. Dime la verdad, le quieres?

INES. Por qué no le hé de querer?

ADELA. Cuando apenas le conoce!

INES. Si hace mucho más de un mes
que nos visita.

ADELA. No es tiempo
ese para conocer
á un hombre, son todos ellos
de la mismísima piel
del demonio.

INES. Es abogado!

ADELA. Y eso qué tiene que ver?

INES. Y su papá, es muy amigo
del tio.

ADELA. Yo indagaré.
(Se oyen fuertes voces y altercado en el interior.)

INES. No escuchas?

ADELA. Sí, qué alboroto!

INES. Es la voz de una mujer.

ADELA. Grita irritada.

INES. Dios mio!
qué será?

ADELA. Vaya un burdel!
(Sale Paco por el foro gritando y con una carta en la mano.)

ESCENA XI.

DICHAS, PACO, despues D. LUIS.

PACO. Hombre, no faltaba más!

Y yo qué tengo que ver
despues de todo?

ADELA. Qué ocurre?

INES. Qué ha pasado, diga usted?

PACO. Don Ernesto que se ha ido.

INES. Cómo?

PACO. Que ha tomado el tren
exclamando, «ahí queda eso.»

ADELA. Don Ernesto Gomez?

PACO. Pues!

INES. Está usted seguro?

PACO. Toma,
me ha dejado este papel
que es causa del alboroto
que han oido ustedes.

INES. Á ver.

ADELA. Niña!

INES. Es verdad!

PACO. (Alargándole la carta.) No, no importa,
bien la puede usté leer;
doña Leopoldina dice
que es un bribon.

ADELA. Deme usted.
(Leyendo.) «En tu prudencia confío;
»salgo á escape, temo un lío;
»ya te explicaré la cosa.
»Vente; te aguardo en Reinosa.
»Ernesto Gomez.»

INES. Dios mio!

ADELA. Te ha escrito á tí alguna vez?

INES. Nunca.

ADELA. Digo por la letra...

INES. Quién puede ser si no es él!

ADELA. Es verdad, está bien claro.

PACO. Hasta luégo. (Avisaré
al capitan, no me diga
que he sido un torpe!) (Váse.)

ADELA. (Qué hacer!)
Ves lo que yo te decía?

INES. Infame, traidor!

LUIS. Á quién
piropeas de ese modo,

muchacha?
ADELA. Á quién ha de ser,
Á ese futuro de encargo,
á tu don Eruesto.
LUIS. ¡Eh?
ADELA. Tiene una querida!
LUIS. Cómo?
INES. Y la tiene en este hotel!
ADELA. Cierto!
LUIS. Cosas de mi prima!
INES. No, tio.
ADELA. (Dándole la carta que conserva en la mano)
Convéncete!
LUIS. «Leopoldina Salazar.» (Viendo el sobre.)
¡Ella!
INES. La conoces?
LUIS. Quién?
yo? Ni quiero! (Tunante!)
ADELA. Lee, y verás...
LUIS. Sí, que leeré!
Ahora comprendo su empeño
en venir á Santander!
Se ha escapado! buen provecho.
Es mucha desfachatez!
INES. Esta tarde nos marchamos!
ADELA. Ántes quiero conocer
á esa señora.
LUIS. No, prima,
es inútil, para qué?
(No sabría contenerme
si la viera!)
(Entran por la izquierda D. Blas y D. Ramon.)
RAMON. Voto á cien!

ESCENA XII.

DICHOS, RAMON y BLAS.

RAMON. Donde le encuentre lo mato!
BLAS. No, lo primero es hacer

que pague!

RAMON. No han visto ustedes
á don Ernesto?

LUIS. Tambien
ustedes le buscan?

BLAS. ¡Digo!

RAMON. Para arrancarle la piel!

ADELA. Qué están ustedes diciendo?

BLAS. Bribon! Yo no he de perder
mi dinero!

LUIS. Qué dinero?

BLAS. El que há poco le presté,
perdió al juego...

INES. Es jugador!

RAMON. El tal Gomez es un pez!...

BLAS. Le presté tres mil reales
por un módico interés,
al cincuenta y dos por ciento,
aquí tengo el pagaré:
y el mozo dice que ha huido.
¡Quién cotiza este papel,
quién me paga?

RAMON. Si le encuentro
usted cobrará.

BLAS. Sí, eh?

LUIS. Y á usted tambien le ha estafado?

RAMON. No tal, yo tengo con él
un duelo pendiente.

INES. ¿Un duelo!

ADELA. Qué razon?...

RAMON. Yo me la sé!

BLAS. Enamoraba, el infame,
á su esposa, á una mujer
casada.

RAMON. Recien casada!

BLAS. ¡Si es mucha su avilantez!

LUIS. Mas cómo en tan poco tiempo...

BLAS. Eso le demuestra á usted
lo que es el hombre, llegar
y besar...

RAMON. No, voto á cien!
Nada de besar!

BLAS. Yo hablaba...
RAMON. Demasiado! Es menester
no perder tiempo. Usted viene
á buscarle?
BLAS. Sí que iré;
y á ver al gobernador
y al juez de guardia...
RAMON. Qué juez,
ni qué calabazas! ¡palo!
Hasta luégo.
BLAS. Hasta despues! (Vánse.)
INES. (Qué vergüenza!)
ADELA. Las maletas
y al Sardinero!
LUIS. Muy bien!
INES. Y á Madrid mañana.
LUIS. Justo!
ADELA. Cuando yo me sospeché
alguna cosa!...
LUIS. Es un tuno!
Tenerla aquí en Santander
y jurarme á mí que nunca
volvería...
ADELA. Dónde?
LUIS. Eh?
Nada, nada, cosas mias
que nadie debe saber.
¡Me alegraré que le maten!
INES. Eso ya es mucho!
ERN. (Entrando foro.) Tardé?...

ESCENA XIII.

DICHOS y ERNESTO.

Cuadro: pausa: Ernesto queda un momento perplejo al ver la actitud de los otros persenajes: despues se acerca á Inés que le vuelve la espalda; el mismo juego con Adela. Don Luis le rechaza tambien.

ERN. De mi ausencia inesperada

pronto el motivo explicado...
INES. Basta!
ADELA. Bien!
LUIS. Bien!
ERN. Qué ha pasado
durante mi ausencia?
LUIS. Nada!
ERN. Señorita, yo suplico... (Á Inés.)
INES. Todo es inútil.
ERN. (Á Adela.) Yo espero....
ADELA. Es ya tarde, caballero.
LUIS. Muy tarde.
ERN. Pues no me explico...
LUIS. No busque usted forma y modo
de demostrar su inocencia
negándonos la evidencia,
porque lo sabemos todo.
ERN. Sí? De mi asombro no salgo,
y en situacion tan penosa
daría yo cualquier cosa...
LUIS Por irse!
ERN. Por saber algo!
Quisiera una explicacion
de cambio tan radical!
LUIS. ¡La calle de San Marcial
ha de ser su perdicion!
ERN. ¡Cómo?
LUIS. Ya comprende usted!
ERN. Aquí hay un error patente.
LUIS. No tal.
INES. Y el duelo pendiente?
ERN. Un duelo?
ADELA. Y el pagaré....
ERN. Un pagaré...
LUIS. Yo lo ví.
ERN. Ó ustedes me hablan en griego,
ó yo á comprender no llego.
LUIS. Algo de griego hay aquí!
ERN. (Á Inés.) Está usted equivocada
completamente.
ADELA. Qué afan
de negar!

INES. Y el capitan?...
Y esa señora casada?
ERN. Explíquese usted, por Dios!
ADELA. No lo entiende usted aún?
Ya no hay nada de comun,
caballero, entre los dos.
ERN. Permita usted que me asombre.
LUIS. Tal frescura me exaspera!
No se acuerde usted siquiera
ni del santo de su nombre!
INES. Tio, vámonos.
ERN. Yo quiero...
LUIS. ¿Ni una palabra!
ERN. Qué lío!
ADELA. Un consejo, amigo mio.
Páguele usté al usurero!
ERN. Que yo pague...
ADELA. (Yéndose.) Ántes que venza!
ERN. ¡Esto es indigno, es cruel!
LUIS. (Volviéndose.) ¡Sí? ¡Tome usted ese papel,
y muérase de vergüenza!
(Le da la carta de D. Ernesto y sale lentamente con las dos mujeres.)

ESCENA XIV.

ERNESTO, poco despues D. BLAS y D. RAMON.

¡La carta de mi papá
dirigida á esa señora?...
¡Todo lo comprendo ahora,
todo explicado está ya!
Todo, no; ¿y el desafío?
¿Y ese pagaré firmado...
¡Pero quién les ha enterado
para perderme, Dios mio!
(Sentándose.)
En vano le eché de aquí
poniéndole el ceño adusto!
Al fin me ha dado el disgusto
como yo lo presumí!

ESCENA XV.

ERNESTO, D. BLAS y D. RAMON, entran ambos por el foro y hablando.

BLAS. Lo ve usted? No ha parecido!
RAMON. Nosotros le encontraremos.
BLAS. Sí, échale un galgo!
RAMON. Un tiro!
BLAS. El dichoso don Ernesto!
ERN. (Qué dicen?)
RAMON. Es un cobarde,
que por evitar el duelo
salió escapado.
ERN. (¡Escapado?
¡y yo le obligué...)
BLAS. Yo creo
que se fué por no pagarme,
pero si ha dejado efectos
en la fonda yo me cobro,
y todo el capital, y los réditos!
RAMON. Qué ha de dejar!
ERN. Se equivoca usted, yo pienso
que ha dejado quien termine
todos sus negocios.
RAMON. ¿Pero...
BLAS. ¿Conoce usted á esa persona?
¡Debe ser un buen sujeto!
¿Pagará?
ERN. ¿Cuánto es la deuda?
BLAS. Si no hay prisa, el documento
es este, pero no hay prisa.
¡Si era todo un caballero!
No se lo decía yo á usted?
RAMON. ¡Hay quien paga? Y qué tenemos?
Fáciles son de arreglar
las cuestiones de dinero,
pero las deudas de honor...
ERN. (Que está contando unos billetes.)
Lo mismo.

RAMON. Lo mismo?
ERN. Cierto.
RAMON. Es decir...
ERN. Tres mil reales.
Cuente usted.
BLAS. Gracias! (Completos!)
ERN. (Dirigiéndose á D. Ramon y rompiendo el pagaré.)
¿Es usted el adversario?
BLAS. (Ahora rompe el documento!)
RAMON. Sí tal, pero en estos lances
no es fácil á lo que entiendo,
ni es la costumbre, arreglarlos
por sustitutos.
ERN. Lamento
que opine usted así.
RAMON. Por qué?
ERN. Porque de antemano acepto
las causas, las condiciones,
las consecuencias.
RAMON. No quiero!
ERN. Pero si yo lo exigiese...
RAMON. Yo no hago caso de necios!
ERN. Basta! De insulto tan grave
exijo á usted al momento
satisfaccion.
RAMON. Es decir
que usted se empeña?.,.
ERN. Me empeño.
RAMON. Está bien!
BLAS. (Á mí me paga,
y á este otro le rompe un hueso.
¡Es un gran apoderado!)
RAMON. No extrañe si deseo
saber con quién...
ERN. (Le da una tarjeta.) Es muy justo.
RAMON. ¡Ernesto Gomez?
BLAS. Qué es eso?
Otro Gomez?
RAMON. Usted es hijo...
ERN. Sí señor.
RAMON. Ahora comprendo.
ERN. Salgamos pues.

RAMON. Es inútil.
ERN. ¿Se bate usted con los viejos solamente?
RAMON. Basta, vamos!
(Respetaré su pellejo, pobre muchacho!)
(Entra Paco con un servicio de café, foro.)
BLAS. (Á Paco.) He cobrado!
PACO. ¿De veras? ¡Cuanto me alegro!
ERN. Cuándo usted guste.
RAMON. Ahora mismo.
(Preciso es buscar un medio.)...
(Salen por el foro.)
BLAS. Van á romperse la crisma.
PACO. Los dos?
BLAS. Vaya, ya lo creo,
ese muchacho es un bravo
digno de todo mi aprecio!
voy á ver...
PACO. ¿Y por qué ha sido?
BLAS. Por esas cosas del viejo. (Mútis.)
PACO. Ganas tiene el señorito
de meterse en embelecos...
Pero en fin, cuando él lo hace
razon tendrá para ello.
(Aparece D. Luis con maletin y saco de noche.)

ESCENA XVI.

PACO, D. LUIS.

LUIS. Paco, búscanos un coche.
que nos lleve al Sardinero.
PACO. ¿Se marchan ustedes?
LUIS. Sí.
PACO. ¿Pero es que no están contentos?
LUIS. Obedece!
PACO. El señorito
no podrá ir.
LUIS. Lo celebro.
PACO. Sentiré que el capitan

le haga algun chirlo.
LUIS. No hay miedo.
PACO. Pues ahora mismo han salido
muy decididos á ello.
LUIS. Cómo, á batirse?
PACO Á batirse.
Me lo ha dicho el usurero
don Blas, y yo los he visto
salir tambien. Vaya un gesto
que llevaban!
LUSS. Anda, avisa
á esas señoras, corriendo;
que bajen, y busca el coche
que te he encargado.
PACO: Al momento. (Mútis)
LUIS. Que al ménos ignoren ellas
las resultas del suceso;
Inés ya se interesaba
por el pícaro, y lo siento.

ESCENA XVII.

D. LUIS, D. ERNESTO.

D. ERN. Es necesario pagar,
batirse, y dejar á salvo
el honor. ¿Mas de qué modo
podré yo hacer...
LUIS. ¡Cielo santo!
Don Ernesto!
D. ERN. ¡Don Luis!
(Qué contratiempo! Finjamos.)
Querido amigo! Qué dicha!
LUIS. Mucha!
D. ERN. Venga usted á mis brazos!
LUIS. (Y cómo le digo ahora?. .)
D. ERN. (Y ahora yo, cómo me escapo?)
LUIS. Viene usté á la boda?
D. ERN. Sí!
LUIS. Siento darle á usté un mal rato.
Viaje inútil.

D. Ern. Es de veras?
Luis. Viaje inútil.
D. Ern. Pues me marcho!
Luis. Supuse que usted vendría.
D. Ern. (Pues estabas enterado!)
Era natural.
Luis. Yo siento...
lo que ha sucedido: el caso
es grave.
D. Ern. Sí? Qué sucede?
Luis. Ya no hay boda!
D. Ern. Qué ha pasado?
(Tiemblo á mi pesar.)
Luis. Friolera!
Que el niño de usté es un vándalo!
D. Ern. Don Luis!
Luis. Un mala cabeza!
Un traidor, un bribonazo!
D. Ern. ¿Ernesto?
Luis. Tiene queridas!
D. Ern. ¡Ernesto?
Luis. Y está entrampado
hasta los ojos!
D. Ern. ¿Ernesto?
Luis. Sí, señor.
D. Ern. Está usted malo.
Já! já! já!
Luis. Buena ocasion
para reirse, canario!
Digo que es un libertino,
un jugador.
D. Ern. Eso es falso.
Luis. Un pendenciero.
D. Ern. Por vida!
usted lo está calumniando!
Luis. Tengo pruebas!
D. Ern. Pruebas?
Luis. Pruebas!
D. Ern Á ver?
Luis. Oculta en un cuarto
tiene aquella Leopoldina
de marras!

D. Ern. ¿Él! (Cielo santo!)
Luis. Apenas llega á la fonda
juega y pierde.
D. Ern. ¡Falso! falso!
Luis. Y suscribe documentos
de préstamos usurarios,
y enamora á las mujeres
del prójimo.
D. Ern. Todo es falso!
Luis. Y se expone á que un marido
celoso le rompa un brazo.
D. Ern. Quién ha dicho todo eso?
Luis. Ernesto no lo ha negado!
D. Ern. Qué dice usted?
Luis. Y la prueba
que acredita más el caso
es que ha estas horas está
batiéndose!
D. Ern. Ernesto?
Luis. Claro,
con el capitan!
D. Ern. Dios mio!
Batiéndose! Dónde? Cuándo?
Hable usted ya, vive Dios!
Luis. El dolor le ha trastornado.
Se comprende, pobre padre!
Pobre padre!
D. Ern. (Cogiéndole del brazo con ira.) Mentecato!
Yo soy el antíguo amante
de Leopoldina...
Luis. ¡Canario!
(Luis va retrocediendo al par que avanza Don Ernesto.)
D. Ern. Yo soy el que juega y pierde,
y el bribon, y el disipado,
y el que firma documentos
de préstamos usurarios,
y el que riñe, y enamora,
y el que tiene á cada paso
citas, pendencias y líos,
y aventuras, y sablazos,
lo entiende usted?

LUIS. Si señor.
D. ERN. ¡Y al que lo dude lo mato!
ADELA. (Saliendo.) ¡Es mi pierrot!
D. ERN. La cliente!
á los piés de usted!
LUIS. ¡Qué chasco!

ESCENA XVIII.

ADELA, D. LUIS, poco despues INÉS.

ADELA. Conoces tú...
LUIS. Por supuesto.
ADELA. Yo tambien, es el letrado
que consulté.
LUIS. Te ha engañado.
ADELA. Cómo?
LUIS. Es el padre de Ernesto.
ADELA. ¡Su padre? Pero es verdad!
LUIS. Sí, y ojalá no lo fuera.
Es un viejo calavera,
es una calamidad!
Expone la honra y la piel
entre grescas y alborotos,
y luégo los vidrios rotos
los paga el hijo por él!
ADELA. ¡Cómo?
LUIS. El duelo maldecido
que turbó nuestro sosiego,
y esa muchacha, y el juego,
todo es del padre! He sabido
iniquidades, horrores.
ADELA. Y Ernesto sufrió callando?
LUIS. Y aquí estuvieron pagando
los justos por pecadores.
ADELA. Quién sabe si en su bondad,
y por evitar sonrojos,
á un hijo...
LUIS. Yo ví en sus ojos
que decía la verdad!

ESCENA XIX.

DICHOS, INÉS.

INES. Es imposible, imposible.
ADELA. Qué te ocurre?
LUIS. Esa zozobra...
NES. No sabeis, el camarero,
me ha referido una historia
que no he comprendido bien.
ADELA. Sosiégate, no seas tonta.
INES. Pero Ernesto es inocente
de todo.
LUIS. Sí; fué una broma,
ya lo sé.
INES. Y entónces, ¿cómo
se está batiendo á estas horas?
ADELA. Se bate por otro.
INES. Cielos!
Y qué motivos?...
LUIS. Se ignoran.
ADELA. No tal. Dí la la verdad.
INES. Hablen ustedes.
ADELA. La cosa
es muy sencilla, se bate
por su padre.
LUIS. Sí, se inmola
por un sagrado deber.
ADELA. Su padre es una persona
algo ligera de cascos.
INES. Tio, por Dios, corre, estorba
ese horrible desafío,
yo te lo ruego.
ADELA. ¡Á que ahora
salimos con que le quieres?
INES. Corre.
LUIS. Voy! (Es como todas!)
ADELA. Á Ernesto ni una palabra;
finge ignorar.
INES. Soy yo boba!
Ya sé que es deber de un hijo

dispensar las faltas todas
de un padre.

ADELA. Pues no lo olvides!

INES. Tio, no vas?

ADELA. No seas posma,
anda...

LUIS. Voy. Oigo su voz.

ADELA. Serenidad, no seas tonta.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ERNESTO, poco despues D. ERNESTO.

INES. Viene usted herido?

ERN. No!
(Qué interés!)

INES. Gracias al cielo!

LUIS. Exponerse así en un duelo!

ADELA. Eso; por qué no rehusó?

ERN. Era un terco, un lenguaraz,
logró agotar mi paciencia,
mas no tuvo consecuencia
la provocacion, y en paz.

ADELA. Demostró usted su valor!

INES. Sin pensar que yo sufría!

ERN. Esa palabra, Inés mia,
es mi galardon mejor.

ADELA. Desde hoy, reposo, sosiego.

ERN. Juro á usted?...

ADELA. Basta de líos.

INES. Y nada de desafíos.

LUIS. Ni Leopoldinas...

INES. Ni juego!

LUIS. (Todo se sabe; le hablé,
calle usted, Inés lo ignora.)

ADELA. (Ni una palabra.)

ERN. (Señora...)

ADELA. Le perdonamos á usted
mas con una condicion!

ERN. Aceptada!

ADELA Que de aquí

salimos mañana.

LUIS. Sí!

ERN. Con todo mi corazon!

(Aparece por el foro D. Ernesto, preso de la mayor agitacion; lanza un grito de alegría y se raroja en sus brazos.)

D. ERN. Has hecho muy mal, muy mal!

ERN. Era mi deber sagrado!

D. ERN. Con ese duelo, has logrado
mi curacion radical!
No, no son promesas vanas,
conozco que estuve ciego
y apago del alma el fuego
con las nieves de mis canas!
Tu noble y heróica accion
fué la luz vivificante
que disipó en un instante
las nieblas de mi razon!
y al par sentí sin enojos,
por vez primera, hijo mio,
en mi corazon el frio,
el llanto amargo en los ojos;
mientras que instinto secreto
gritaba á mi vanidad.
¡Qué hermosa es la ancianidad,
y cuán digna de respeto!
Lo comprendo, y ya no arguyo,
sigo de hoy mas tus consejos.
Los viejos, deben ser viejos!
cada edad tiene lo suyo!

ERN. (Estrechandole la mano.)
Tu sensata decision
tranquilo esperaba un dia!

LUIS. (Á Adela.) Sigues aún, prima mia,
en tu plan?

ADELA. (Por precaucion.)

LUIS. Todo se arregló.

ADELA. Hasta el traje
que la novia llevará.

D. ERN. Hola!

ADELA. Usted emprenderá
por supuesto algun viaje

cuando se casen los chicos?
(Bajo á él.) (Es medida de prudencia.)

D. Frn. Acepto! (Es mi penitencia!)

Ines. Y un viaje corto...

D. Ern. Mi anhelo
será...

Adela. (Interrumpiéndole y con intencion.)
(No se prive usted
por ellos...)

D. Ern. (Comprendiéndola y con firmeza.)
¡No volveré
hasta que me hagais *abuelo*!

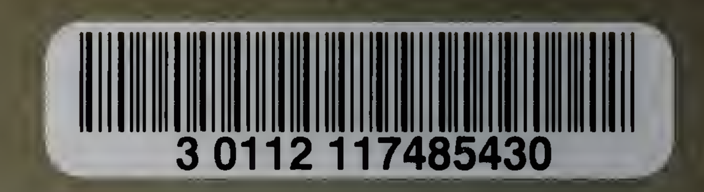
Enr. Por mí no amargues tus dias
y sigue, si es de tu agrado,
en tu efímero reinado
de placeres y de orgías.

D. Ern. Abdico!

Ern. De corazon?
Ya lo veremos despues.

D. Ern. *Abdicar á tiempo* es
la suprema salvacion.
(Al público.) Se escribió esta produccion
que el fallo espera sumisa
con la sola pretension
de arrancarte una sonrisa
en señal de aprobacion.

FIN.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, y *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 25.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.